

SUMARIO

Crónica general, por NIEMAND; pág. 153. — La defensa de las costas y las cabezas de puente permanentes, por don MARIANO RUBIÓ, capitán de ingenieros; pág. 155. — Artillería reglamentaria, por don JUAN DE UGARTE, capitán de artillería; pág. 158. — Documentos para la historia de la guerra chino-japonesa (*continuación*); pág. 164. — Un recuerdo de la batalla de Sadowa; pág. 165. — SECCIÓN BIBLIOGRAFICA; pág. 172. — Revista de la prensa y de los progresos militares; pág. 173.

Pliego 15 del REGLAMENTO ALEMÁN PARA EL SERVICIO DE CAMPAÑA.

CRONICA GENERAL

IMPORTANCIA CRECIENTE DE LOS FERROCARRILES.—LAS GRANDES VÍAS DE ASIA Y ÁFRICA.—SITUACIÓN DE ESPAÑA EN LAS LUCHAS FUTURAS.—UN GRITO SIMPÁTICO DE ASTURIAS.—SOBRE LA INVENCION DE LAS MINAS MILITARES.

En virtud de una ley perfectamente lógica, mientras los ferrocarriles encarnan en los métodos de guerra actuales, hasta el punto de ser la primera arma de guerra moderna, no dejan de ser, al propio tiempo, en una esfera más amplia, todo el objetivo de la política internacional de los grandes pueblos de Europa. La vía férrea es la comunicación cómoda y rápida, es el alma de los grandes transportes, es el lazo de hierro que une los países más apartados, es en la paz el coronamiento de la obra civilizadora, es en la guerra la victoria, que lleva en sus entrañas la locomotora, conduciendo al apartado teatro de operaciones innumerables soldados, y abasteciéndolos y proveyéndolos de todo lo que necesitan para vivir y luchar. Rusia cifra todas sus esperanzas, tasa quizá toda su futura, pero indiscutible dominación, en esa maravilla que se llama el ferrocarril transiberiano; Inglaterra gira, en todas sus evoluciones, al rededor de esa otra vía férrea que en su mente acaricia; la que ha de unir el sur de Africa con el Norte, la que enlazará á la colonia del Cabo con esta otra colonia que se llama Egipto; y mientras tanto la diplomacia esgrime en sus peleas el proyecto de otro ferrocarril, capaz de unir, más rápidamente el Mediterráneo con la India, anulando así la preponderante influencia del canal de Suez en la estrategia universal.

El ferrocarril transiberiano, cuya construcción avanza cada día más, puede contarse en la categoría de los hechos consumados; pero la obra rusa no ha terminado aún, y con calma proyecta el imperio el modo de realizarla. Y la obra de Rusia no ha concluído, porque el ferrocarril transiberiano terminará en Vladivostok, y este puerto no tiene la entrada libre todo el año, á causa de que el frío glacial solidifica sus aguas. Hay que ir, por lo tanto, al sur á todo trance, hay que ir por Constantinopla ó por Corea, ó por ambas partes á un tiempo.

El imperio de los czares deja ahora en paz al de los sultanes, porque ve una salida abierta en el extremo Oriente á sus deseos de expansión. Pero si por cualquier causa se viera contenido dentro de sus actuales límites, mala hora sonaría para el audaz que se atreviese á oponer una barrera al colosal imperio moscovita.

vita. Inglaterra, no contenta con haber acaparado en provecho propio la más rica parte del Asia meridional, pretende crear un nuevo imperio al Oriente del Africa con su serie larguísima de inmensas colonias eslabonadas. Por virtud de estas múltiples aspiraciones, la vida de la vieja Europa, que un día se dirigiera á América, por la vía del Atlántico, parece regresar hacia su cuna primitiva por medio de los férreos caminos que se están ejecutando ó preparando. El Océano Pacífico volverá sin duda á ser, como en remotísimas edades, el centro de la vida en nuestro planeta; y, nótese bien, como las circunstancias nos conducen á que España tenga que hacer siempre el papel de hierro candente entre el martillo y el yunque en las grandes luchas de la humanidad. Por nuestra situación en Europa tuvimos que oponer un dique á la invasión árabe en la Edad media; por nuestros descubrimientos y nuestras colonias en América hemos de ser el pretexto de la lucha formidable entre el viejo y el nuevo continente; por nuestras islas Filipinas habremos de intervenir, mal de nuestro grado, en los gigantes combates del mar Pacífico. Porque en la historia de la humanidad todos los hechos se reproducen, aunque ampliándose cada vez más la escala: lucha de tribus en los albores de la sociedad; lucha de ciudades disputándose la hegemonía de la Helade; lucha de pequeños Estados, durante la Edad media; lucha de poderosas naciones en la época moderna; lucha de continentes vislumbrándose en lo porvenir. Buena falta hace á las personas encargadas de fijar los derroteros de España, tener en cuenta los trascendentales problemas que hoy sólo están medio planteados, para lograr que nación de tanta vitalidad como la nuestra no resulte á merced de cualquier pueblo aventurero, y así sucediera sin duda, si, desligando á la patria de todo ideal grande, siguiera ésta rutinariamente la triste trayectoria que ha ido recorriendo durante un no corto período de años.

*
*
*

Que en nuestro país existe un depósito de energía al parecer inagotable es una cosa de la que no se puede dudar. Cuando la nación parece exhausta por los sacrificios hechos con motivo de la guerra de Cuba, aun hay un rincón de España en donde resuenan alientos vigorosos y se preparan grandes sacrificios. Una vez más el pueblo de Asturias ha lanzado un grito que debe servir de estímulo á todas las provincias españolas. Al venerable obispo de Oviedo ha cabido la gran honra de despertar lo que solo necesitaba de este grito para manifestarse con todo su poder. Los viriles conceptos del prelado, convertidos ya en hechos, merecen consignarse y aplaudirse, y por este motivo transcribimos los párrafos más salientes de la alocución que dirigió al pueblo de Oviedo aquel digno sacerdote:

«Hace tiempo que la Patria, dijo, demanda nuestro concurso y que los buenos asturianos, que sois todos los presentes, y lo son asimismo cuantos participarán mañana de vuestro entusiasmo, desean prestar á la Patria el concurso de sus fuerzas unidas. ¿Qué faltaba, pues, para efectuarlo? Una nueva sacudida que fuese como el despertar de un pueblo, y un atrevido que os diera cita; la sacudida vino por desgracia, y el atrevido he sido yo, no sólo por propio impulso, sino excitado también y alentado por quienes repito, me han vencido con su modestia. Que esta idea estaba en el pensamiento de todos los asturianos, lo prueba vuestra presencia en esta casa, y que es rigurosamente vuestra, lo prue-

ban las adhesiones de los impedidos de concurrir. A todos, repito, las más sinceras gracias, y paso á proponer el objeto de nuestra reunión, indicado ya en la citación y en mis palabras anteriores.

»Ante el peligro de la Patria todos somos soldados, y la Patria pelagra hoy en su integridad y acaso esté amenazada de algo más grave. De este rincón de España salió el primer grito de la Reconquista, en tiempos bastante más aciagos que los presentes, y aquel grito resucitó á España; aquí se alzaron pendones contra el capitán del siglo, y España arrojó más allá de sus fronteras al vencedor de toda Europa; aquí finalmente se formó hace pocos años el batallón de Covadonga que se cubrió de gloria, peleando por la Patria en esa Cuba, que hoy demanda de nuevo nuestros auxilios.»

Los proyectos son ya una realidad. La suscripción promovida por el prelado de Oviedo dió en el primer momento 100,000 pesetas, y en estos momentos se está organizando un batallón asturiano que irá á demostrar que España lucha en Cuba por algo más que por su deber oficial, que lucha para demostrar que continúa siendo la España de siempre, no arredrada para nada ni por nadie.

*
* *

La crítica histórica es terrible. Sobre todo lo que tiene algo de poético, que hiere la imaginación, echa un jarro de agua fría, con razón ó sin ella, que deja pensando si también será falso lo que aun respeta su escalpelo, resultando que todos los hechos pasados no son más que consejas entretenidas. Tal ha pasado con la figura de Pedro Navarro, ese apéndice de Gonzalo de Córdoba, á quien los eruditos han rebajado la talla hasta dejarlo hecho una miniatura, demostrando su escasa intervención en el famoso descubrimiento de las minas militares. El teniente coronel Marzocchi, del cuerpo de ingenieros italiano, en un estudio que ha publicado recientemente la *Revista di Artiglieria é Genio* fija, con gran copia de datos su papel en la voladura de una ciudadela antigua, situada junto á Castelnuovo y luego en la del castillo *Ovo* ó del *Ova* (nombre español, de una yerba marina, que abundaba junto á aquel famoso castillo), demostrando que á Martini se debe la idea, á lo más aprobada por Pedro Navarro, quien, según el parecer del coetáneo Vannuccio Biringuccio, no hizo más que recoger la gloria de las operaciones técnicas de su subordinado, como suelen hacer—dice el mismo matemático del siglo xvi—la mayoría de los generales.

Como quiera que sea, en aquellas guerras de Italia, españoles é italianos peleando contra los franceses, se cubrieron de gloria, y los escritores de aquel país al revivir aquellos hechos, al escribir la suya, esmaltan nuestra propia historia.

NIEMAND.

1.º abril, 1896.

LA DEFENSA DE LAS COSTAS Y LAS CABEZAS DE PUENTE

PERMANENTES

El general Brialmont acaba de publicar una nueva obra con el título que sirve de epígrafe á estas líneas, que ofrece la particularidad de ser la primera de las muchas que ha dado á luz, en que aborda de una manera decidida el estudio de las plazas del litoral. No es esto indicar que echara en olvido esta parte

de Fortificación en los libros anteriores, pero la trataba en cierto modo incidentalmente, puesto que era otro el objeto principal de aquellas obras.

Hace pocos años, el ilustre ingeniero militar vióse obligado á dedicar preferente atención al problema de la defensa de costas, al ser llamado por el sultán de Turquía para que pusiera su inteligencia y su conocimiento del arte defensivo al servicio de dicho Estado, deseoso de asegurar, á toda costa, la posesión de los estrechos que forman el último punto de apoyo de su amenazada existencia en Europa. Ya entonces hicimos notar (1) la extraordinaria importancia de este asunto, y es muy lógico que el general Brialmont, antes de adoptar soluciones concretas, analizara profundamente las dificultades del mismo, pues no son escasas las que ofrece el estudio de las plazas del litoral. Seguramente de sus trabajos especiales para el caso concreto que tenía que solucionar ha nacido el libro de que tratamos, continuación del que lleva por título: *La defensa de los Estados y la Fortificación á fines del siglo XIX*, de que dimos conocimiento oportuno al lector (2).

El libro consta de ocho capítulos. Trata el primero de las generalidades sobre la guerra de costas y la defensa de las mismas, y en él examina la posibilidad de los desembarques y la necesidad de proteger los grandes puertos comerciales contra un bombardeo; discute las condiciones de la marina de guerra actual, sin olvidar la última evolución, que tiende á disminuir el espesor de los blindajes, y en cambio pretende proteger la mayor parte de los buques, único medio de que puedan ser utilizables durante los combates, en los que, de poco sirve que la coraza de cintura sea impenetrable, si por medio de los obuses y morteros y con el auxilio de las piezas de calibre medio ha logrado el enemigo hacer imposible el servicio á bordo. Examina luego las condiciones relativas del tiro de la marina y de las baterías de costa, y en la primera parte de este examen hay exceso de optimismo, concediendo importancia exagerada á los medios en uso para fijar la puntería sobre los buques, y fijándose mucho en los ejemplos históricos que demuestran la superioridad de las baterías terrestres sobre los buques, y pasando como sobre ascuas sobre los datos en contra. En nuestro concepto es pernicioso este optimismo, porque la defensa de las costas es realmente difícil, y no debe presentarse atenuada esta dificultad, por ningún concepto. En cambio, al tratar del espesor de las bóvedas se inclina más bien al lado contrario, pues da por seguro, ó casi seguro, el empleo por parte del atacante, de los morteros de grueso calibre, bien sobre los mismos buques, bien sobre baterías flotantes ó colocándolos en islotes, etc. «Sin embargo, dice, como este tiro tendrá menor duración que el de las baterías de sitio, bastará que las bóvedas sean bastante resistentes para que no las perforen dos ó tres granadas que caigan sobre el mismo punto.» El resto del capítulo, destinado á estudiar el armamento de las baterías y fuertes de costa y á señalar los preceptos fundamentales de su organización es muy recomendable. Indica (pág. 69), la discutida inutilidad de los cañones de gran calibre en la defensa de costas, pero rechaza esta idea en breves líneas, sin entrar en el fondo de la materia, que tiene mayor importancia, á nuestro entender, de la que le concede el autor.

(1) *Brialmont en Constantinopla. Revista Científico-Militar-1892.*

(2) *Revista Científico-Militar-1895.*

Comprende el capítulo segundo el estudio de las barreras de los pasos navegables, concediendo el general Brialmont gran importancia al empleo de los torpedos, sin descuidar las baterías de torpedos, que describe con bastantes detalles, proponiendo tipos especiales para las obras en que han de emplazarse los tubos, tanto en el caso de establecerlo sobre el nivel del mar como bajo el mismo.

El capítulo tercero está destinado al estudio de las combinaciones defensivas, adecuadas á los casos generales de la práctica. Se muestra partidario de la concentración de fuerzas, para batir un paso cualquiera, pero la concentración debe entenderse como concentración de los efectos, no de las baterías que los producen, pues éstas las diseminan (1). El autor indica algo relativo á la defensa de los puertos comerciales, pero son puertos comerciales no españoles; la figura 1.^a de la lámina 1.^a, que pone como ejemplo, la tomaríamos nosotros como muy buena para puerto militar.

En el capítulo IV trata el general Brialmont de la defensa del Bósforo y de los Dardanelos. *Supongamos*, dice, que se trata de la defensa de los estrechos y de poner á Constantinopla al abrigo de un ataque por tierra ó por mar. Pero, como no es probable que propusiera una cosa en sus libros y otra al Sultán, debe admitirse que lo que en este capítulo dice refleja sus verdaderas ideas sobre el particular. En esta aplicación da verdadera muestra de talento, pues no cae en la vulgar tentación de querer batir el mar porque sí, sino que únicamente defiende, lo que le conviene y como lo que le conviene es impedir el paso, en el punto de menor anchura del Bósforo y de los Dardanelos, es donde establecé sus obras defensivas y ofensivas. Hassán Ahmed, que le combatió porque no propuso la defensa de la entrada de los estrechos, cometió una falta, por otra parte muy común, pues nada tan general como el distraerse del verdadero objetivo de los problemas militares y no militares.

El capítulo V comprende varios tipos de fuertes y baterías de costa. Se muestra partidario, al tratar de éstas, de la sencillísima organización de las baterías de costa inglesas, que, realmente, reúnen todas las condiciones que modernamente se exigen á obras de esta naturaleza, sin que esto quiera decir que deba copiarse este modelo que, sobre todo, en lo que respecta al frente de gola habría que variar en muchos casos de la práctica, y aun el de cabeza, si la situación de la batería lo exigiese. De los tipos de fuerte que propone no hay que hablar, pues son poco menos que imposibles de realizar en nuestro país; y algo parecido puede decirse de la batería que proyecta para los Dardanelos, verdadera acrópolis del hormigón, como si dijéramos un poema defensivo escrito con bóvedas y muros y galerías. Nosotros no sabemos las ideas que en materias de fortificación profesarán los ministros de Hacienda turcos: en España, hablar de esto, no es hablar de las costas, es hablar de la mar.

Del mar habla precisamente el capítulo VI, ó mejor dicho, de los fuertes cons-

(1) En nuestra memoria que lleva el título de *Desenfilada* (1894), preconizamos este principio, haciendo sin embargo notar las precauciones con que debía aplicarse. La creación de baterías de costa, libres de la acción de la marina, que allí indicábamos como conveniente en ciertos casos, la propone el autor para imposibilitar la ocupación de una parte de los estrechos turcos.

trufidos fuera del litoral ó sobre islotes. Aunque en el proyecto que estudia para el primer caso hay menos de 10 metros de espesor y bóvedas en que se salta, al pasar del intradós al trasdós, de la cota 8,60 metros, á la 14,00, resulta más *humano* el tipo propuesto, pues se trata de condiciones extraordinarias, que requieren también medios extraordinarios. Sin embargo, habida cuenta de que un fuerte destacado en el mar ha de obrar en combinación con las obras del litoral, podría simplificarse este tipo, si en algún puerto comercial, situado en costa abierta, se quisiera construir un fuerte de esta clase.

El capítulo VIII está declinado á la descripción de casamatas acorazadas y cúpulas para los cañones de costa de grueso calibre, y en él se examinan los tipos propuestos por los industriales, en estos últimos años, El postrer capítulo comprende el estudio de las cabezas de puente permanentes, y el objeto de éste es probar que no es cierto que las plazas del Mosa, construídas según sus proyectos, sean campos atrincherados, sino cabezas de puente. «Todo campo atrincherado, construído á caballo de un río, concluye, es una cabeza de puente, pero no toda cabeza de puente es un campo atrincherado.» Este teorema fortificativo que tan secamente enunciado parece indiscutible, podría sufrir muchas objeciones en la práctica, que sin duda le opondrán los que en mal hora confundieron el nombre que conviene á las plazas de Lieja y Namur.

El libro, como no podía dejar de suceder, es hijo legítimo del general Brialmont, cuyo modo de ver el arte de la defensa revela por los cuatro costados, y sobre todo, en su espléndido atlas, que contiene multitud de proyectos y detalles interesantes.

MARIANO RUBIÓ Y BELLBÉ.

Capitán de ingenieros.

ARTILLERÍA REGLAMENTARIA

ABREVIATURAS

Servicio á que se destina la pieza:

C. Costa.	Cp. Campaña.
S. Sitio.	M. Montaña.
P. Plaza.	

Sistema de cierre:

C. Cuña.	T. Tornillo.
----------	--------------

Clase de pólvora:

P. P. alem.	Prismática parda alemana.
P. P., 1 c.	Id. id. 1 canal.
P. 1 c.	Id. de 1 canal.
P. 7 c.	Id. de 7 id.

Todas las dimensiones y pesos en que no se indica unidad de medida, se entenderá son en milímetros y kilogramos.

Aunque en el cuadro de artillería figura el obús bronce comprimido de 12 cm., es una pieza en estudio y que no ha sido aún declarado reglamentario el modelo.

ARTILLERÍA REGLAMENTARIA

PIEZA	Cañón acero	Cañón hierro	Cañón acero	Cañón hierro	Cañón hierro	Cañón hierro
	de 30,5 cm. Krupp.	entubado de 30,5 cm. Ordoñez.	de 26 cm. Krupp.	entubado de 24 cm. Ordoñez.	entubado de 21 cm. Ordoñez.	entubado de 15 cm. Ordoñez.
	C.	C.	C.	C.	C.	C.
	T.	T.	C.	T.	T.	T.
Servicio á que se destina.	C.	C.	C.	C.	C.	C.
Sistema de cierre.	C.	T.	C.	T.	T.	T.
Longitud de la pieza.	10700	10700	9100	8560	7490	5100
» de la caña.	3950	5700	3790	4560	3990	2600
» de la recámara del cartucho.	1310	2028	1095	1618'34	1488	906
» del ánima.	9770	10250	8320	8200	7175	4849'5
» de la parte rayada.	6880	8155	5945	6525	5713'25	3893'5
Diámetro del plano de la boca.	500	516	420	412	361	270
» » de culata.	990	1000	840	800	700	590
» mayor de la recámara del cartucho.. . . .	355	330	300	264	230	180
» del ánima en los macizos.	305	305	260	240	210	150
» » en las rayas.	308'5	308	263'5	243	213	152
Número de rayas.	68	60	60	48	42	28
Profundidad de las rayas.	1'75	1'5	1'75	1'5	1'5	1
Ancho de las rayas.	9'5	9'99	9'6	10'7	10'7	11'83
» de los macizos.	4'5	5'97	4	5	5	5
Longitud de los muñones.	180	240	160	192	164	120
Diámetro de »	330	400	285	320	280	200
Distancia entre los planos de los contramuñones.	1395	1240	1150	1018	868	640
» del eje de muñones al plano de culata.	3540	3587	2975	2871	2511'4	1685
Longitud de la línea de mira.	3700	3500	3000	2800	2450	1926'5
Peso de la pieza.	48540	48300	27700	24700	16500	6330
» del cierre.	1347	370	910	188	127	66
Preponderancia.	70	0	65	0	0	0
Volumen de la recámara (dm. ³).	176	170'7	97'6	87'4	58'5	21'2

MONTAJES

Marco alto	Altura del eje de muñones sobre la explanada.	2740	2640	2680	2640	2526	2190
	Angulo máximo de elevación.	19.º	18.º	22.º	25.º	25.º	23.º
	» » de depresión.	6.º	5.º	6.º	10.º	10.º	6.º
	Campo de tiro horizontal.	130.º y 360.º	360.º	130.º	360.º	360.º	160.º
	Longitud del marco.	7188	5865	6327	5368	4693	4000
	Ancho del »	1824	1780	1476	1270	1140	845
	Inclinación del »	3.º 26'	4.º	3.º 26'	4.º	4.º	4.º
	Peso de la cureña.	—	9700	—	2600	2300	980
	» del marco.	—	14100	—	8100	6700	3130
	» total del montaje.	24630	23800	16000	10700	9000	4110
Marco bajo	Altura del eje de muñones sobre la explanada.	—	—	—	—	—	1540
	Angulo máximo de elevación.	—	—	—	—	—	23.º
	» » de depresión.	—	—	—	—	—	10.º
	Campo de tiro horizontal.	—	—	—	—	—	40.º
	Longitud del marco.	—	—	—	—	—	4000
	Ancho del »	—	—	—	—	—	845
	Inclinación del »	—	—	—	—	—	4.º
	Peso de la cureña.	—	—	—	—	—	980
	» del marco.	—	—	—	—	—	1990
	» total del montaje.	—	—	—	—	—	2970
Cureña	Altura del eje de muñones.	—	—	—	—	—	—
	Angulo máximo de elevación.	—	—	—	—	—	—
	» » de depresión.	—	—	—	—	—	—
	Longitud del eje de las ruedas.	—	—	—	—	—	—
	Carril.	—	—	—	—	—	—
	Ancho de las llantas.	—	—	—	—	—	—
	Diámetro de las ruedas.	—	—	—	—	—	—
	Distancia del apoyo de las ruedas á la contera.	—	—	—	—	—	—
	Longitud de la cureña.	—	—	—	—	—	—
	Peso de id.	—	—	—	—	—	—

Afuste	Altura del eje de muñones.	—	—	—	—	—	—
	Longitud.	—	—	—	—	—	—
	Angulo de elevación que permite (máximo).	—	—	—	—	—	—
	Distancia interior entre las muñoneras.	—	—	—	—	—	—
	Carril.	—	—	—	—	—	—
	Angulo mínimo de elevación.	—	—	—	—	—	—
	Peso del afuste.	—	—	—	—	—	—
	» de las ruedas.	—	—	—	—	—	—
	» del armón.	—	—	—	—	—	—
	» del carruaje completo.	—	—	—	—	—	—

PROYECTILES

Granada ordinaria.	Diámetro de la parte cilíndrica.	304	303'5	259	239	209	148
	Espesor de paredes.	67	63	56	48'5	42'2	28
	» del culote.	85	75	70	60	52'5	34
	Altura del proyectil.	1228	1125	1043	927	804	530'7
	Radio de la ojiva.	460	610	390	488	427	300
	Peso del proyectil vacío.	437	359	266	185	124	39'4
	» de la carga explosiva.	18	20'8	9	10	6	2'5
	» del proyectil cargado.	455	380	275	195	130	42
	Diámetro de la parte cilíndrica.	303'45	303'5	259	239	209	148
	Espesor de paredes.	95	60	74	46	40	32
Granada perforante.	» del culote.	78	70	64	56	49	45
	Altura del proyectil.	1071	980	914'5	784	686	530'4
	Radio de la ojiva.	520	610	520	488	427	300
	Peso del proyectil vacío.	450	370	270'9	190	126'6	50
	» de la carga explosiva.	5	10	4'1	5	3'4	1'2
	» del proyectil cargado.	455	380	275	195	130	51'2
	Diámetro de la parte cilíndrica.	—	303'5	—	239	209	—
	Espesor de paredes.	—	50	—	38'5	33'5	—
	» del culote.	—	64	—	51	45	—
	Altura del proyectil.	—	1274'5	—	1165	921	—
Granada de mina.	Radio de la ojiva.	—	760	—	608	532	—
	Peso del proyectil vacío.	—	350	—	179	119	—
	» de la carga explosiva.	—	30'6	—	16	11	—
	» del proyectil cargado.	—	380	—	195	130	—

Granada de metralla	Diámetro de la parte cilíndrica.	—	303'5	—	239	209	148
	Espesor de paredes.	—	49	—	35	30	24
	» del culote.	—	70	—	56	56	35
	Altura del proyectil.	—	811	—	649	568	425
	Radio de la ojiva.	—	610	—	488	427	225
	Peso del proyectil vacío.	—	230	—	96'7	52'7	32'5
	» de la carga explosiva.	—	4'4	—	2'37	1'7	0'5
	» de los balines.	—	40'5	—	40'44	40'2	8'7
	Número de balines.	—	675	—	674	670	360
	Diámetro de »	—	25	—	20	19	16
Bote de metralla.	Peso del proyectil cargado.	—	275	—	140	95	42
	Altura del bote.	—	—	—	—	—	—
	Diámetro del bote.	—	—	—	—	—	—
	Número de balas	—	—	—	—	—	—
	Diámetro de »	—	—	—	—	—	—
	Peso de una » (gr.)	—	—	—	—	—	—
	» del proyectil.	—	—	—	—	—	—
	»	—	—	—	—	—	—
TIRO							
Carga de proyección.		137	120	87	65	45	15
Clase de pólvora.	P. P. 1 c.	P. P. 1 c.	P. P. 1 c.	P. P. 1 c.	P. P. 1 c.	P. P. 1 c.	P. 1 c.
Velocidad inicial (met.)		532	520	530	520	520	533
Velocidad remanente (met.)		500	482	492	475	468	451
1.000 met.	Penetración en hierro (proyectil perforante) (cm.)	62'76	52'52	51'27	42	35'89	23'16
	» piedra (granada ordinaria) (met.)	—	—	—	—	—	2'1
	» tierra vegetal » »	—	—	—	—	—	7'9
	» pino » »	—	—	—	—	—	10
2.000 »	Velocidad remanente (met.)	471	447	457	434	422	388
	Penetración en hierro (proyectil perforante) (cm.)	57'38	46'9	45'9	36'68	30'73	18'6
	» piedra (granada ordinaria) (met.)	—	—	—	—	—	1'8
	» tierra vegetal » »	—	—	—	—	—	7'1
» pino » »	—	—	—	—	—	8'6	

3.000 met.	Velocidad remanente (met.)	455	416	427	398	383	340
	Penetración en hierro (proyectil perforante) (cm.)	52'69	42'11	41'45	32'23	26'57	15'43
	» piedra (granada ordinaria) (met.)	—	—	—	—	—	1'5
	» tierra vegetal » »	—	—	—	—	—	6'3
» pino » »	—	—	—	—	—	7'5	
Balace máximo de las tablas de tiro.	11400	8000	12000	8000	8000	8000	8000
Velocidad remanente (met.)	336	320	319	303	290	258	
Fuerza viva total.	Inicial (tm.)	6566'8	5237'1	3937'2	2687'5	1791'6	629'5
	1000 met. (tm.)	5800'6	4499'1	3392'9	2242'5	1451'2	462'5
	2000 » »	5147'3	3869'9	2927'3	1872	1180	345'1
	3000 » »	4594'7	3351'7	2555'6	1574'4	971'9	269'2
	4000 » »	4131'9	2900'7	2265'1	1338'7	821	229'4
	5000 » »	3731	2566'2	1992'1	1169'3	717'2	—
	6000 » »	3403'5	2300'2	1796'4	1056'3	649'1	—
	7000 » »	3142'2	2121'9	1658'6	973'7	600'3	—
Alcance máximo.	2619'5	1983'3	1426'3	912'5	557'2	—	

(Continuará.)

JUAN DE UGARTE,
Capitán de artillería.

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE LA GUERRA

CHINO-JAPONESA

(Continuación.)

Los japoneses tuvieron la prudencia de no responder inmediatamente á ese fuego desordenado, esperaron á que la infantería enemiga viniese á ofrecer su cuerpo para destrozarlo á buena distancia con el fuego de todas sus piezas, más esta infantería no aparecía; desde la altura de Hwan-Shi-Shan se distinguía perfectamente á los soldados chinos tendidos sobre la nieve, resignados, pareciendo que estaban agotados á fuerza de fatigas y privaciones, ó bien andando á grandes pasos sobre el suelo helado intentaban calentarse; algunos ejecutaban á 2.000 metros un fuego incesante, sin objeto; triste imagen de una tropa desmoralizada, que malgasta sus municiones, sin duda para forjarse la ilusión de un combate al cual renunciará en el momento en que las viriles resoluciones serían necesarias.

Al cabo de dos horas de espera, viendo que los artilleros chinos á fuerza de tanteos, habían logrado una relativa corrección en el tiro, los japoneses se decidieron á contestar.

En pocos momentos, el centro del ejército japonés batido por los shrapnels se retiró del campo de batalla; su artillería fué igualmente alcanzada y por consiguiente puesta fuera de combate.

En las dos alas, los japoneses permitieron el avance á las dos columnas enemigas, y cuando las tuvieron á una distancia conveniente dirigieron sobre ellas un tiro tan preciso que con pocas descargas las desorganizaron por completo.

Así terminó el combate de Haïtcheng, si es que puede designarse con este nombre un encuentro en el que uno de los adversarios sirve de blanco al otro sin contestar.

Después del combate se encontraron más de 150 cadáveres en el campo enemigo, mientras que según el parte oficial, las pérdidas totales de los japoneses fueron 3 muertos y 11 heridos.

5.^a y última tentativa sobre Haïtcheng (22 febrero).—A pesar del mal resultado de las cuatro tentativas sucesivas contra la posición del primer ejército, el general Wu-qui, llegado de Shan-Haikwan á la cabeza de 20.000 hombres, y de una artillería compuesta de 20 cañones, alcanzó Newchwang y resolvió dirigirse contra las tropas del general Nozu para desalojarlas de Haïtcheng.

La víspera de su movimiento sobre esta plaza, dirigió un destacamento á Simutcheng, para operar sobre la parte opuesta de los japoneses y amenazar así su línea de comunicación, á fin de distraer el mayor número posible de sus fuerzas hacia este lado.

Para descubrir esa astucia, le bastaba al adversario el ser vigilante y activo; los japoneses han demostrado en esa guerra que poseían estas cualidades en su más alto grado.

El general Nozu se dirigió con un fuerte efectivo contra Simutcheng; dispersó el destacamento chino, y al día siguiente todas las fuerzas japonesas estaban otra vez reunidas en Haïtcheng, aprestadas á la lucha, contra un adversario descorazonado por la derrota de la víspera y completamente incapaz de tomar una ofensiva seria.

A partir de este momento, puede decirse que las tropas chinas de la Mandchuria ya no realizan ninguna tentativa de ataque.

El movimiento de conjunto de los dos ejércitos japoneses va á comenzar; después de un largo estacionamiento en la Mandchuria, veremos como se precipitan los acontecimientos y conducir á las tropas victoriosas por el camino de Pekin donde solamente la diplomacia podrá detenerlas.

Situación de los ejércitos enemigos.—Al empezar el mes de marzo, las fuerzas chinas de la Mandchuria estaban divididas en tres grupos:

- 1.º 16.000 hombres al noroeste de Hãitcheng, viniendo de Liao-Yang
- 2.º 20.000 hombres en Newchwang;
- 3.º 25.000 á 30.000 hombres al norte y al este de Yingsu.

Hay que añadir á estas fuerzas, la que guarnecía á Mukden y que ascendía á 13.000 hombres.

El cuartel general estaba instalado en Tienchwangtai, sobre la orilla derecha del río Liao.

Mientras que los chinos estaban aun separados en tres masas distintas, los japoneses habían logrado la concentración de todas las fuerzas disponibles. Desde los últimos días de febrero, el general Yamají saliendo de Kaiping, había rechazado las tropas chinas que estaban delante de él y se aproximó á Hatcheng. Esta vez la unión de los dos ejércitos japoneses, era ya un hecho consumado, y el general Nozu podía disponer de la tercera división (Katsura), de una brigada de la quinta división, que se había unido al grueso de las fuerzas y de la primera división (Yamají).

El plan del general Nozu era oponer la primera división al ejército de Yingsu, mantener á distancia al ejército de Liao-Yang, por medio de un destacamento mandado por el general Katsura, y él marchar con el resto de las tropas sobre Newchwang.

(Continuará.)

UN RECUERDO DE LA BATALLA DE SADOWA

En la narración de sucesos históricos transmitida á la posteridad, los errores adquieren muy pronto el carácter de leyendas que más tarde es difícil rectificar.

En el número de ellos cuéntanse, entre otros, los relatos que, siguiendo tradicionalmente costumbre y con especial predilección, hacen derivar los grandes éxitos de nuestras campañas de las decisiones de un consejo de guerra con antelación reunido.

Tal acontece con la batalla de Koniggratz (Sadowa).

Pues bien: voy á describir, en breves términos, las circunstancias en que tuvo lugar un hecho de tan trascendentales consecuencias.

El general de artillería Benedek, en su avance hacia el norte, tenía que defenderse del segundo ejército prusiano que se acercaba á él por las montañas de Silesia; para ello destacó en el flanco derecho, uno tras otro, á cuatro de sus cuerpos, que en el espacio de tres días fueron sucesivamente derrotados, por lo que se unieron en seguida al grueso del ejército austriaco, que en el entretanto había llegado al territorio de Dubenetz.

En esta situación, las fuerzas austriacas se encontraban el día 30 de junio dentro de la línea de operaciones entre los dos ejércitos prusianos, de los cuales el primero había llegado ya, después de incesantes combates, á Gitschin, villa de antemano designada desde Berlín como punto general de concentración, y el segundo había avanzado hasta el Elba superior, encontrándose entonces tan cerca uno de otro que era imposible atacar á cualquiera de ellos, sin que inmediatamente cayera el otro sobre la retaguardia del enemigo. La ventaja estratégica se había convertido en desventaja táctica.

Así las cosas, Benedek, que en las anteriores batallas había perdido 40.000 hombres, renunció á todo ulterior avance y, durante la noche del 1.º de julio, emprendió la retirada hacia Koniggratz; pero este movimiento, efectuado por seis cuerpos de ejército y cuatro divisiones de caballería, divididos en sólo cuatro columnas, que habían de marchar muy cerca una de otra, y cuya longitud debía por ende ser muy considerable, no pudo quedar terminado en el transcurso del siguiente día, y fué causa de que todas las fuerzas hubieran de concentrarse entre Trotina y Lipa en un espacio relativamente estrecho. Si el ejército permaneció todavía en este todo el día 2, debióse al extremo cansancio de las tropas y á la dificultad, ó, por mejor decir, imposibilidad de retirarse al otro lado del Elba, teniendo en frente un enemigo que no se descuidaba, y contando con número insuficiente de pasos para atravesar el río. El general austriaco no pudo, pues, operar, y únicamente le quedó el recurso de batirse.

Es digno de notarse que los prusianos no tuvieron conocimiento del avance del enemigo sobre Dubenetz ni de su retirada hacia Lipa. El Elba ocultaba todos estos movimientos al segundo ejército, y, en cuanto al primero, la masa de caballería, compuesta de más de 8.000 caballos, constituía un cuerpo cuyos movimientos resultaban en extremo difíciles. Los cuatro escuadrones destinados á cada división de infantería no podían naturalmente prestar el servicio de reconocimientos, que prestó más tarde, en 1870, cuando estaba convenientemente organizada para ello.

Por esta circunstancia, el cuartel general del rey, establecido en Gitschin, carecía de noticias exactas, y suponía que el grueso del ejército enemigo estaba aún en marcha y que ocuparía una posición dando frente al Elba, y apoyando las alas en las plazas fuertes de Josephstadt y de Koniggratz.

Esto sentado, sólo había dos caminos que seguir: ó atacar por el flanco esta posición formidable, ó acometer el ataque de frente; en el primer caso, el ejército austriaco vería tan seriamente amenazadas desde Pardubitz sus comunicaciones, que quizás se resolvería á emprender la retirada. Para asegurar este movimiento era preciso que nuestro segundo ejército relevase al primero y pasase por consiguiente á la orilla derecha del Elba; pero esto tenía el inconveniente de que, debiendo realizarse la marcha de flanco del primer ejército á tan corta distancia del frente enemigo, no había de serles á los austriacos muy difícil estorbarla si tenía preparados medios suficientes para cruzar el río. En el segundo caso, solamente podía confiarse en el éxito haciendo coincidir el ataque de frente del primer ejército con el ataque del segundo contra el ala derecha de la posición enemiga, y para ello era preciso que el segundo no se moviese de la orilla izquierda.

La separación de los dos ejércitos, con toda intención mantenida, hacía

posible la adopción de cualquiera de estas dos soluciones; pero sobre mi pesaba la responsabilidad inmensa de proponer á Su Majestad cuál de ellas debía elegirse.

A fin de tener por de pronto abiertos los dos caminos, dióse orden de que el general Herwarth ocupara Pardubitz y, en tanto que el príncipe heredero se quedaba en la orilla izquierda del Elba, practicara reconocimientos en este río, en el Aupa y en el Metan, y venciera las dificultades que en una ú otra dirección pudieran oponerse al paso de los mismos. El día 2 de julio el príncipe Federico Carlos había ya recibido la orden de que en caso de haber grandes fuerzas arriba del Elba, las atacase sin demora, y en la noche de aquel mismo día, noticioso de que todo el ejército austriaco se encontraba en el Bistritz, dispuso que á las primeras horas de la madrugada siguiente, se encontrasen el primer ejército y el del Elba delante del enemigo y á la mayor proximidad del mismo.

A las 11 de la noche llegaba á Gistchin el general Voigts-Rhetz y ponía esta noticia en conocimiento del rey, el cual le encargó que me la comunicara inmediatamente.

Esta nueva quitóme un gran peso de encima, y exclamando «¡Gracias á Dios!» salté de la cama y corrí presuroso al alojamiento del rey, que lo tenía en la plaza del mercado en frente del mío.

Su Majestad se había acostado ya en su cama de campaña, y después que le hube expuesto en pocas palabras la situación, mostróse completamente conforme en que al día siguiente se diera la batalla con los tres ejércitos, y me mandó comunicar las órdenes oportunas al príncipe heredero, que tenía que atravesar desde luego el Elba.

Toda mi conversación con Su Majestad duró apenas 10 minutos y nadie más que nosotros dos asistió á la entrevista.

He aquí en que consistió el consejo de guerra de Koniggratz.

El general Podlielski y el mayor conde de Wartensleben estaban alojados en el mismo cuartel que yo; así es, que pronto quedaron extendidas las órdenes que habían de ser expedidas al segundo ejército y que fueron enviadas á media noche por duplicado y por dos distintos caminos, una directamente á Koniginhof, y otra, de la que era portador el general Voigts-Rhetz, al príncipe Federico Carlos, dándole noticia de las medidas adoptadas.

El teniente general, conde de Finckenstein, que en su excursión nocturna de más de seis millas hubo de pasar por el radio del primer cuerpo de ejército, que era el que estaba situado más lejos, entregó al jefe de las avanzadas un escrito encargándole que lo hiciera llegar inmediatamente á manos del general en jefe: en dicho documento se ordenaba la inmediata concentración de las tropas, y se dejaba al arbitrio del citado general emprender un movimiento de avance independiente, aun antes de que recibiera órdenes de Koniginhof.

El frente de la posición que el día 3 de julio ocupaban los austriacos tenía una longitud de poco más de una milla; nuestros tres ejércitos avanzaron sobre él por un movimiento de flanco, describiendo un arco de círculo de cinco millas de extensión; pero así como en el centro del primer ejército con los cuatro y segundo cuerpos se encontraba al despuntar el día muy próximo el enemigo, en el ala derecha el general Herwarth, que procedente de Smidar habíase retrasado á causa del estado intransitable de los caminos y de la obscuridad de la

noche, tenía que andar aun más de dos millas antes de llegar á Bistritz, y en la orilla izquierda el príncipe heredero no recibió la orden del cuartel hasta las cuatro de la madrugada. En su consecuencia fué preciso sostener con el centro, durante algunas horas, un combate sin más objeto que ganar tiempo; y como ante todo era de suponer que el enemigo tomaría allí la ofensiva, el cuerpo tercero y el de caballería estaban apercebidos para oponerse á ella. La batalla, sin embargo, no podía decidirse sino mediante el doble ataque de flanco de los ejércitos que formaban las dos alas.

Desde primera hora de la madrugada púseme con mis oficiales en camino hacia la colina que se alza delante de Sadowa y á la cual llegó también el rey á las ocho de la mañana.

El día estaba revuelto, y de cuando en cuando caía una lluvia fina y penetrante; pero aunque la vista sólo alcanzaba un espacio ilimitado, las blancas nubes del humo de pólvora que á la derecha se divisaban daban á comprender que las vanguardias del primer ejército estaban empeñadas en un combate delante de las aldeas situadas á orillas del Bistritz. Al propio tiempo oíase un nutrido fuego de fusilería por el lado izquierdo hacia el bosque de Swip.

Con el rey estaban, además de su estado mayor, los príncipes extranjeros acompañados de un numeroso séquito de ayudantes, palafreneros y caballos de mano, formando un grupo que no bajaba del contingente de dos escuadrones; y como se viera que una batería austriaca parecía enfilarse sus tiros sobre el mismo, resolvióse cambiar de sitio de observación, disminuyendo al propio tiempo el número de acompañantes.

Poco después, acompañado del conde de Wartensleben, atravesé á caballo la ciudad de Sadowa, que el enemigo había ya evacuado. La vanguardia de la octava división, protegida por algunos destacamentos de tiradores, había reunido las piezas detrás del bosque, pero hasta allí llegaron muchas granadas de una batería de piezas de grueso calibre situada á la salida de la selva. Mientras avanzábamos por la carretera no pudimos menos de admirar la tranquilidad de espíritu de un corpulento buey que proseguía su camino sin cuidarse de los proyectiles que caían á su lado, y que parecía resuelto á atravesar las líneas enemigas.

La formidable línea de cañones que la artillería del tercer cuerpo y del décimo austriaco había colocado en frente del bosque hacía del todo imposible la salida de éste, y aunque ya se había dispuesto una, pude llegar á tiempo de detener la orden para ello expedida.

En el entretanto, más á la izquierda, el general Fransecky había tomado la ofensiva y conseguido, después de una reñida lucha, desalojar al enemigo del bosque de Swip y llegar hasta el otro lindero de éste. En un principio no tuvo que habérselas más que con el cuarto cuerpo; pero ahora, contra aquella división séptima completamente sola, lanzáronse el segundo cuerpo y una parte del tercero, es decir, 51 batallones contra 14. Dentro del espeso bosque habíanse mezclado las distintas tropas, haciéndose con ello imposible la unidad de dirección; así es que, á pesar de una tenaz resistencia, cayeron prisioneros algunos destacamentos aislados.

Uno de estos grupos sueltos salió del bosque en el momento preciso en que llegaba allí con su estado mayor el rey, que le acogió poco benévolamente; pero

el oficial herido, que se esforzaba para agrupar su pequeña fuerza, llevóla nuevamente al combate. La división, á pesar de sufrir considerables pérdidas, acabó por sostenerse en el lindero del norte del bosque, habiendo por consiguiente atraído sobre sí grandes fuerzas enemigas, que más tarde hicieron falta en los pueblos cuya defensa les estaba encomendada.

Eran las once de la mañana. Las avanzadas del primer ejército habían cruzado el Bestritz y apoderándose de la mayor parte de las aldeas situadas en las orillas de este río, que no eran, sin embargo, más que puestos avanzados que el enemigo no pretendía conservar á todo trance, y detrás de los cuales estaban los cuerpos de ejército de éste ocupando una posición, desde donde con sus 250 cañones dominaban por completo el terreno descubierto que los atacantes habían de recorrer. El general Herwarth había llegado al Bistritz por la derecha, á quien se esperaba por el lado izquierdo.

La batalla permanecía en un estado estacionario: en el centro el primer ejército luchaba todavía por apoderarse de las aldeas del Bistritz, la caballería no podía ganar terreno, y la artillería no encontraba coyuntura favorable para avanzar. Cinco horas llevaban las tropas de resistir el fuego enemigo sin comer, pues ni tiempo había para guisar el rancho.

Algunos empezaron á abrigar ciertos temores acerca del éxito de la batalla, y quizás uno de ellos era el conde Bismarck, que sospecho no las tenía todas consigo cuando me alargó su petaca; pero más adelante supe que había considerado como buena señal el hecho de que, habiéndome ofrecido dos cigarros, escogiera yo tranquilamente el mejor.

Preguntóme en aquella sazón el rey qué me parecía del curso del combate, á lo cual contesté: «Vuestra Majestad gana hoy, no sólo la batalla, sino la campaña.» Y no podía ser otra cosa.

Teníamos por de pronto la superioridad del número, factor no despreciable en la guerra, y luego una hora ú otra había de aparecer nuestro segundo ejército por el flanco y por la retaguardia de los austriacos.

A la una y media divisamos á lo lejos una nube blanca en una altura coronada de un grupo de árboles, en la que tiempo hacía que teníamos clavadas nuestras miradas. No era todavía el ejército segundo, pero el fuego que contra ella dirigía el enemigo nos anunciaba su aproximación. Un grito de «¡El príncipe heredero llega!» resonó en todas las filas: entonces apresuréme á comunicar la deseada nueva al general Herwarth, quien en el entretanto, había ocupado Probus, á pesar de la heroica defensa de los sajones.

El segundo ejército había emprendido la marcha á las siete y media de la mañana, excepción hecha del primer cuerpo, que no se puso en movimiento hasta las nueve y cuarto, pero había avanzado muy despacio por causa de los malos caminos, que varias veces habíale obligado á marchar á campo travieso. La serie de colinas que se extienden desde Horenoves hasta la pantanosa Trotina, hubiera sido un gran obstáculo, si hubiese estado suficientemente ocupada por el enemigo; mas el ala derecha de éste, ocupada en perseguir vivamente á la división Fransecky, hizo un movimiento de conversión á la izquierda, á consecuencia del cual hubo de recibir en parte á retaguardia el ataque que se emprendió contra ella.

Nuestros ojos no podían ver las ventajas que iba ganando el príncipe here-

dero, por lo cual el rey, á las tres y media, ordenó que avanzara hacia donde aquel estaba el primer ejército.

Cuando salimos del bosque de Sadowa y llegamos al terreno descubierto, encontramos allí todavía una parte de la batería que por tan largo rato había impedido el avance de los nuestros, pero los caballos y los artilleros yacían junto á las piezas destrozadas. Estas eran las únicas huellas del enemigo que en cuanto alcanzaba la vista pudimos distinguir.

La retirada de los austriacos de las posiciones que por dos lados cercaban nuestras tropas se había hecho inevitable y verificado hacía bastante tiempo; su excelente artillería que hasta el último momento estuvo haciendo fuego, había disimulado aquella retirada y permitido á la infantería ganar considerable ventaja. El paso del Bistritz prolongó el avance, especialmente de la caballería prusiana, de modo que sólo algunos destacamentos aislados de ella pudieron dar alcance al enemigo.

A galope atravesamos el vasto campo de batalla sin detenernos en contemplar los horrores que ofrecía, y al extremo del mismo encontramos á nuestros ejércitos que, procedentes de distintas direcciones, habíanse encontrado al fin, en un espacio estrecho, mezclándose unos con otros de tal manera que fueron precisas veinticuatro horas para deshacer aquella confusión y restablecer el orden. Ello fué causa de que no pudiéramos perseguir inmediatamente al enemigo; pero no por esto fué la victoria menos completa.

Las tropas, rendidas de cansancio, procuraron alojarse bien ó mal en las cercanas aldeas, ó encontrar reposo en campo raso, y no hay que decir que se cogieron cuantos víveres pudo haberse á mano; probablemente el buey de que antes he hablado cayó también en nuestro poder. Los gritos de angustia de los cerdos y de los patos casi partían el corazón; pero la necesidad no reconoce la ley, y las columnas de aprovisionamiento no podían estar allí para dar á los nuestros lo que les hacía falta.

El rey se quedó en un lugarejo situado en el campo de batalla, y yo y mis dos oficiales hubimos de andar cinco millas para llegar á Gitschin, donde estaban las oficinas.

De allí habíamos salido á las cuatro de la madrugada, y allí volvíamos ahora después de catorce horas de marcha á caballo. Había sido tan repentina la salida que nadie pensó en llevarse comestibles; un hulano del segundo regimiento me dió un pedacito de salchichón; pan no pudo dármele porque no lo tenía. A nuestro regreso encontramos por fin las interminables filas de las columnas de víveres y municiones, que á veces ocupaban todo el ancho de la carretera. Después de media noche llegamos al cuartel, donde á aquella hora tampoco había algo que comer; pero estaba tan extenuado de fatiga que sin quitarme el capote ni la faja tendíme en mi lecho y me quedé inmediatamente dormido. Sin embargo, al día siguiente, había que dar nuevas órdenes y someterlas á la aprobación de Su Majestad que se encontraba en Horitz.

El gran rey había tenido que luchar siete años para abatir el poder de Austria; pues bien: ahora su nieto, más afortunado pero también más poderoso, había conseguido tan feliz resultado en menos de cuatro semanas. La campaña quedó ya decidida en los ocho primeros días, del 27 de junio al 3 de julio.

La guerra de 1866 no nació de la necesidad de defenderse contra una ame-

naza dirigida á la propia existencia; tampoco fué exigida por la opinión pública y por la voz del pueblo: fué una lucha reconocida como necesaria por el gabinete, proyectada desde hacía mucho tiempo y tranquilamente preparada, no para conquistar países, no para ensanchar el propio territorio, no para lograr, en una palabra, ventajas materiales, sino simplemente para alcanzar un bien ideal: el poder, la soberanía. A los vencidos austriacos no se les quitó un palmo de terreno, pero hubieron de renunciar á la hegemonía en Alemania.

Los príncipes del imperio tuvieron también parte de culpa de que el antiguo imperio, en vez de una política alemana, siguiera una política dinástica. El Austria mientras dejaba indefensas las fronteras occidentales, agotaba sus fuerzas en conquistas al otro lado de los Alpes, siguiendo el camino que le señalaba el Danubio: su centro de gravedad estaba fuera; el de Prusia dentro de Alemania. Prusia sentíase fuerte y llamada á encargarse de la dirección de los pueblos alemanes. La sensible pero inevitable exclusión de uno de éstos del nuevo imperio, sólo podía compensarse por una posterior alianza; pero Alemania sin Austria llegó á ser incomparablemente más poderosa que antes lo había sido con ella.

Todo esto, empero, no pertenece á las leyendas de que me ocupo.

Una de estas últimas ha sido cantada en versos, por cierto muy hermosos. La escena pasa en Versalles. Los franceses sitiados en París verifican una salida, y los generales, en vez de ir á unirse con las tropas que están luchando, reúnen para deliberar si podría intentarse que el cuartel general permaneciese más tiempo en Versalles. Los pareceres andan divididos, nadie se atreve á hablar, y el jefe del estado mayor general, que es quien más obligado está á decir algo, calla. La consternación era, al parecer, grande. Sólo el ministro de la Guerra se levanta, y con toda energía protesta de una medida tan funesta política y militarmente como la evacuación; el rey le da las gracias por haber sido el único que ha tenido valor para decir sin ambages ni temores la verdad.

Lo cierto es que mientras el rey con todo su séquito se dirigía á caballo al encuentro del quinto cuerpo de ejército, el maestre de campo hacía enganchar con gran cuidado los carruajes de la corte, lo cual no se les ocultó á los de la ciudad, y pudo quizás haber despertado esperanzas en aquella población dotada de temperamento sanguíneo.

Versalles estaba defendida por cuatro cuerpos de ejército, y á nadie se le ocurrió la idea de evacuar esa ciudad.

Puedo asegurar que ni en la campaña de 1866, ni en la de 1870 á 1871 se celebró un solo consejo de guerra.

Excepción hecha de los días de marcha y de combate, todas las mañanas á las diez nos recibía S. M.; en estas entrevistas, yo, acompañado del cuartel maestre general, daba cuenta de las noticias y de los partes recibidos, y según ellos fuesen, proponía nuevas disposiciones. Asistían á tales reuniones el jefe del cuarto militar, el ministro de la Guerra, y también, mientras estuvo el cuartel general del tercer ejército en Versalles, el príncipe heredero; todos, sin embargo, en calidad de simples oyentes. El rey les pedía á veces algunos datos é informes sobre esto ó lo otro, pero no recuerdo que nunca solicitara su consejo para nada que se refiriese á las operaciones ó á las medidas por mi propuestas.

Estas últimas que siempre había yo discutido previamente con mis oficiales,

solta S. M. meditarlas las más de las veces muy detenidamente y con excelente golpe de vista militar, y, apreciando con nunca equivocada precisión el estado de las cosas, señalaba los inconvenientes que podían oponerse á su ejecución; pero como en la guerra cada paso trae consigo un peligro, siempre acababa por aceptar y aprobar lo propuesto. (Molke, en la Historia de la guerra de 1870-71.)

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

DURASSIER ET VALENTINO.—AIDE MÉMOIRE DE L'OFFICIER DE MARINE, 1896.

Se ha publicado el anuario de marina, correspondiente á 1896, de Durassier, continuado por Valentino, siendo éste el año noveno de su publicación. De pocos libros análogos puede decirse otro tanto, y este éxito es debido, indudablemente, á multitud de noticias que contiene el *Aide-mémoire*, relativas á toda la marina militar del mundo, noticias que van completándose cada año, en las ediciones sucesivas. La de este año contiene las siguientes materias: Derecho marítimo internacional.—Personal.—Buques de guerra.—Artillería.—Tablas para la evaluación de distancias en el mar.—Cables telegráficos submarinos.—Torpedos.—Tablas para la reducción de medidas inglesas y francesas.—Escala-fón de la marina francesa.

El libro—editado con gran esmero por la librería militar *Charles Lavauzelle*, de París—forma un volumen de más de 800 páginas, de las cuales 500 están destinadas á los cuadros descriptivos de los buques de diversos países, lo que es bastante para hacer comprender los muchos detalles que da, tanto de los que prestan ya servicio, como de los que aún están en los astilleros. Con estos cuadros es posible formarse perfecta idea de la potencia marítima de un país, ya que no sólo se sabe el número de buques con que cuenta, sino que se indica la fecha y sistema de construcción, su artillería, tubos-lanza-torpedos, espesor del blindaje, andar, provisión de carbón, etc., etc., es decir, todo lo que sirve para caracterizar un buque de guerra.

El *Aide-mémoire Durassier-Valentino*, es un Manual que goza de gran crédito, y por esta razón indispensable á todo el que, de cerca ó de lejos, ha de ocuparse en asuntos que se refieran á la marina militar.

PROGRAMA, PARA FACILITAR EL ESTUDIO EN LAS ACADEMIAS REGIMENTALES DEL ARMA DE INFANTERÍA, por el primer teniente de Infantería y profesor de la Escuela de Alumnos del Regimiento de Asturias, núm. 31, *D. Agustín Linares y Souza*.

El título de este Programa indica claramente el objeto del mismo: facilitar el estudio; y efectivamente, un conjunto de papeletas en que se hallen en forma de preguntas ó con una indicación cualquiera reseñados todos los puntos que forman el plan de la instrucción, puede servir para guiar ésta, simplificando al propio tiempo la tarea de los profesores y examinadores. El Sr. Linares ha agrupado en diez papeletas el programa de la materia que compone todo lo que los aspirantes á cabo han de estudiar en las academias regimentales, y anuncia los programas para la academia de cabos y sargentos, demostrando así muy plausible interés por la instrucción de las clases, que tan necesario es fomentar.

REFLEXIONES SOBRE LA DEFENSA DE MENORCA, por el capitán de artillería *Restituto Tenés y Muñoz (Candileja)*.—Mahón, 1895.—Un tomo de 117 páginas en 4.º

El autor se propone demostrar en este folleto, según declara al principio del mismo, que la isla de Menorca y el puerto de Mahón están á merced de cualquier enemigo y que «pensar de otro modo es discurrir sin conocimiento de causa ó alimentarse de ilusiones basadas en un absurdo», creyendo que al hacerlo «sabrà la nación y el mundo por civilizar hasta donde llega nuestro poderío». Más adelante añade: «sonó la flauta de los desatinos y nuestros gobernantes resolvieron pasar del abandono y desidia á la torpeza, pues no otra cosa supone el autorizar la construcción de una fortaleza sobre la península de la Mola y con aspiraciones de ser la primera en importancia que tuviera España, sin posibilidad de defender la entrada del puerto, que era el principal objetivo que se le asignaba.

Nosotros no podemos seguir al autor en el camino que se ha trazado para demostrar su aserto. Las materias de que trata en su folleto son de esas que se prestan á que cada cual opine de ellas á su placer, y puede decirse que no sería fácil hallar dos personas que pensasen lo mismo, sobre muchas de ellas. Respetamos el criterio del autor, lo mismo que el de quienes, divirgiendo de sus opiniones, han encauzado los asuntos por una vía distinta de la que él cree más conveniente, sin que el espacio de que disponemos nos permita analizar las cuestiones que propone y discute en el folleto cuyo título encabeza estas líneas.

CARTILLA DEL FUSIL MAUSER ESPAÑOL, MODELO 1893, PARA USO DEL SOLDADO, por *don José Boado y Castro*.—Gijón, 1895.

El señor Boado y Castro, ventajosamente conocido por sus excelentes estudios sobre las armas portátiles, ha hecho un extracto de su obra *El fusil Mauser*, con el objeto de facilitar el conocimiento de nuestro armamento reglamentario al soldado que debe manejarlo. Este es el fin de la cartilla cuyo título sirve de epígrafe á estas líneas, en la cual se consignan la nomenclatura y los detalles más interesantes de las principales piezas del arma, ilustrando la explicación numerosos y muy bien hechos grabados, que dan perfecta idea de las partes del mecanismo que representan. Este conocimiento, y el de la precisión del fusil, que hace patente el autor por medio del pequeño rectángulo de los impactos, á cierta distancia, contribuyen poderosamente á que el soldado tenga fe en su arma y la emplee con acierto en trances difíciles. El fusil Mauser ha probado ya, con hechos, que es un arma de guerra, debiéndose tender, por el esfuerzo aunado de todos, á que se saque de la nueva arma el mayor partido posible, y á ello ha de contribuir seguramente en mucho la *Cartilla* del señor Boado y Castro, y así lo ha comprendido seguramente el señor ministro de la Guerra, al procurar que se difunda en el ejército esta sencilla y esmerada descripción del fusil reglamentario.

— 00 —

REVISTA DE LA PRENSA Y DE LOS PROGRESOS MILITARES

HISTORIA MILITAR

Las armas portátiles en el ejército portugués. — La *Revista Militar*, de Lisboa, ha empezado á publicar (núm. 4 de 1896), un curioso estudio relativo á la historia de las armas portátiles en Portugal, ligándolo á las vicisitudes de la

milicia en aquel país. Durante el reinado de don Duarte (1433-1438), aparecen las primeras armas de fuego (espingardas), utilizadas por el ejército del infante don Enrique, en la expedición contra Tánger. En la misma *Revista*, el señor Sousa Viterbo continúa una interesante reseña histórica de la fabricación de la pólvora en dicho reino.

Influencia de la potencia marítima en la Historia. — En la *Revue Maritime et Coloniale* (número de febrero), el capitán de fragata Boisse continúa publicando la traducción del notable libro del *Captain* A. T. Mahan, de la marina inglesa, *The Influence of sea power upon history* (1660-1783). En la relación histórica, demostrativa de esta influencia, figuran acontecimientos en que España tomó parte principalísima, en el último tercio del siglo pasado, así como la toma de la Habana y de Melilla, durante la guerra que Inglaterra declaró á España el 4 de febrero de 1762.

MARINA

La marina de guerra, en 1896. — De los datos más recientes relativos á los buques que poseen diversas potencias, según los publican los anuarios de marina, se desprenden las siguientes cifras, que dan idea del poder naval de las naciones á que se refieren:

BUQUES ACORAZADOS

	Alemania.	Austria.	España	Estados Unidos.	Francia.	Inglaterra.	Italia.	Rusia.
1.º ACORAZADOS DE ESCUADRA.								
De 1.300 t. y andar de 18 millas.	»	»	»	»	»	7	4	»
De 10.000 t. y andar de 16 millas.	4	»	2	3	6	11	4	3
De 8.000 t. y de 14 á 16 millas de andar.	1	»	6	»	7	11	2	6
De menos de 8.000 t. y menos de 16 millas.	9	4	2	1	4	1	»	1
	14	4	10	4	17	30	10	10
2.º GUARDACOSTAS ACORAZADOS.								
De 8.000 t. y menos de 16 millas de andar.	»	»	»	»	»	2	»	»
De 6.000 á 8.000 t. y de 14 á 16 millas de andar.	»	»	»	»	9	2	»	»
De menos de 6.000 t. y de 14 á 16 millas de andar.	6	»	3	2	2	1	»	»
	6	»	3	2	11	5	»	»
3.º CRUCEROS ACORAZADOS.								
De 4.000 á 6.000 t. y andar de 18 millas.	»	»	2	2	5	9	»	3
	»	»	2	2	5	9	»	3
4.º CAÑONEROS Ó MONITORES.								
De 1.500 t. y andar de 13 millas.	»	2	2	1	8	»	»	3
	»	2	2	1	8	»	»	3
<i>Total de buques acorazados.</i>	20	6	17	9	41	44	10	16

BUQUES NO ACORAZADOS

	Alemania.	Austria.	España	Estados Unidos.	Francia.	Inglaterra.	Italia.	Rusia.
1.º CRUCEROS PROTEGIDOS Y AVISOS-TORPEDEROS.								
De 8.000 t. y andar de 18 millas.	»	»	»	»	»	2	»	1
De 4.000 á 8.000 t. y de menos de 18 millas.	5	3	»	8	5	21	1	2
De 4.000 t. y de 14 á 16 millas de andar.	»	»	»	»	3	7	»	»
De 2.000 á 4.000 t. y 16 millas de andar.	1	2	»	6	5	31	13	3
De 2.000 á 4.000 t. y menos de 14 millas de andar.	7	»	»	2	12	6	4	8
De menos de 2.000 t. y de 14 millas de andar y aun más.	17	1	7	8	7	19	5	10
	30	6	7	24	32	86	23	24
2.º CRUCEROS-TORPEDEROS.								
De más de 20 millas de velocidad.	»	»	»	1	»	»	8	6
De 18 á 20 millas.	»	2	»	»	2	»	5	2
De 16 á 18 millas.	»	»	6	»	4	9	»	»
	»	2	6	1	6	9	13	8
3.º CONTRA-TORPEDEROS.								
De 30 millas de andar.	»	»	2	»	»	»	»	»
De menos de 25 millas.	4	»	»	»	»	11	5	»
De 20 á 22 millas.	6	6	1	»	3	11	1	»
De 16 á 18 millas.	»	»	»	»	10	21	1	»
	10	6	3	»	13	43	7	»
<i>Total de buques no acorazados.</i>	40	14	16	25	51	138	43	32

TORPEDEROS

	Alemania.	Austria.	España.	Estados Unidos	Francia.	Inglaterra.	Italia.	Rusia
De 120 t. y de 20 á 25 millas.	15	»	9	1	9	2	»	17
De 100 t. y de menos de 20 millas.	18	»	»	1	21	10	2	3
De 40 á 100 t. y de menos de 20 millas.	59	21	5	1	149	54	92	23
De 40 á 100 t. y de menos de 18 millas.	25	34	»	»	»	12	»	10
De menos de 40 t. y de menos de 18 millas.	»	»	»	»	37	27	57	2
	<u>117</u>	<u>55</u>	<u>14</u>	<u>3</u>	<u>216</u>	<u>105</u>	<u>151</u>	<u>55</u>
<i>Total general de acorazados, no acorazados y torpederos.</i>	177	75	47	37	308	287	204	103

De la comparación de estas cifras totales, puede formarse la siguiente relación de marinas, en cuanto al número de sus buques:

Francia.	308
Inglaterra	287
Italia.	204
Alemania.	177
Rusia.	103
Austria.	75
España.	47
Estados Unidos.	37